

Agosto 08

Camilo Abril Leal

Solo, en el caos de su habitación, acompañado únicamente de un silencio que ensordecía su mente, se encontraba él. Estaba sentado en su cama, que tenía semanas sin ser arreglada, rodeado de pilas de ropa sucia e indiferente al repugnante olor de los platos de comida que no habían sido probados en días, estaba cansado de fingir que todo estaba bien. Afortunadamente llegaba la noche, la única que conocía su verdad, a la que no tenía que sonreírle ni mentirle, la fiel testigo de su inmisericorde insomnio, la que lo vio llorar una y otra vez mientras le gritaba desconsoladamente a su almohada.

Con la noche llegaron la nostalgia y los recuerdos que, como era costumbre desde hacía algunas semanas, lo acompañaban a escribir para dejar en el papel todo su sentir, ya que este pálido amigo no juzga, no señala ni da consejos vacíos, simplemente está a merced de quien busca refugio. Con su mirada apagada (esa misma que hacía pocos meses brillaba de ilusión) buscó el bolígrafo sobre el escritorio lleno de libros sin leer, polvo, desorden y analgésicos para su despiadado dolor de cabeza. Lo tomó ansiosamente con su mano temblorosa y finalmente, escribió:

«Agosto 08.

Ya pasó un mes, pero para mí el tiempo se detuvo. Está inmóvil, como ese reloj pintado en aquel cuadro de tu habitación. Quise detenerlo para esperarte, aun sabiendo que ya no vendrás. Lo detuve para aferrarme a nuestro último momento, justamente hace un mes. Un largo, interminable, injusto, doloroso, silencioso y vacío mes.

Aún recuerdo perfectamente aquel día y aquella noche en donde pude contemplarte y sentirte cerca, aunque sabía que era la última vez, que era nuestra despedida. Luego de escucharte, fui consciente de que me había



acomodado en una historia que no tenía lugar para mí y que debía irme, aunque estuviera aferrado a un amor que hoy duele más de lo que cura. Me preguntaste una y otra vez si estaba seguro de querer verte una última vez. Claro que lo estaba. Qué buena decisión tomé al hacerlo porque es uno de los recuerdos que más atesoro, aunque al mismo tiempo sea el que más me ha consumido en estos días.



Hoy, después de unas semanas, comprendo que prometiste con miradas y huiste con silencios, incluso después de haberte mostrado cómo se quiere lo imposible. Simplemente te fuiste y solo me queda aceptarlo, sonreír en el día y llorar en la noche. Si es verdad que existe el infierno, debe sentirse como cuando amas a una persona y sabes que está mejor sin ti. Quiero saber: ¿qué me faltó? Te juro que yo sentí que te di hasta el alma. Esta pregunta hace su destructiva ronda en mi mente todas las noches y es la que se roba mi sueño sin ninguna intención de devolverlo. Sé que nunca tendré la respuesta; asumo que no fui suficiente. Lo que sí sé es que tuvimos una conexión única, pero no era nuestro momento y quizá, ya nunca lo será».



Con los ojos desbordados tomó el papel con rabia, tristeza, decepción e incertidumbre. Lo arrugó con todas sus fuerzas y lo arrojó a la colección de papeles que reposaban bajo su cama para luego hundirse en su

almohada hasta que llegara la hora de ir sonriente, nuevamente, a trabajar y desde allí anhelar que llegara la noche para escribir un nuevo capítulo.

